

María del Mar Ramón

Todo muere salvo el mar





Seix Barral Biblioteca Breve

María del Mar Ramón

Todo muere salvo el mar

El rugido de una ola enmudecía la tierra. Por unos instantes, Lucas estuvo inmerso en una oscuridad que lo consumía. No tocaba la arena con los pies, no hallaba oxígeno que entrara a sus pulmones, estaba a la deriva vencido por el agua salada que, despiadada, lo llevaba y lo traía, a pesar de sus esfuerzos, al mismo lugar. Trató de nadar y no tuvo contra qué impulsarse. No pensó en la muerte Lucas. No quiso ni tuvo tiempo de contemplar la idea de morir ahí, ahogado tan cerca de una orilla y tan lejos de la hondura del mar. Solo pensó en el hartazgo.

La siguiente ola arrastró la pesada tabla sobre la que estaba y la estrelló con violencia contra su cara. Con esmero, apoyó sus brazos sobre la tabla. Tosía y jadeaba agotado. Qué minúscula debía verse su epopeya desde la perspectiva de la orilla. Porque sigue siendo imposible, a pesar de cada descubrimiento, predecir el error del mundo, su forma maltrecha, su arbitrariedad.

Parpadeó varias veces, de vuelta a la vida. El golpe lo había aturdido, pero no lo dejó inconsciente, solo hizo que le sangrara la nariz. Pidió una tregua, que se la diera el mar. Las olas ya no le rompían en la cara. Con la mejilla apoyada en la tabla y el resto del cuerpo sumergido en el agua se preguntó si

podría estar para siempre así, náufrago. No se creía capaz de volver a levantar la cabeza, no se creía capaz de remar.

Se dejaría llevar. Dejaría de luchar, de nadar, de empeñarse en esa resistencia cruel a su propia muerte, se hundiría ahí mismo, o en su propia tristeza. Mirando al infinito, recostado en ese pedazo de icopor y acrílico que flotaba, advirtió un silencio que lo llenó de tranquilidad. Durante un instante olvidó el sufrimiento, las ganas de morir, y apenas lo había notado, cuando el rugido del agua lo ensordeció de nuevo.

Un grito lejano lo hizo despabilarse. No quería volver la cara hacia la playa y ver la vida, su vida, la superficie, la orilla, la tierra. El grito se hizo más fuerte y escuchó que se sumaba otra voz. Quiso quedarse quieto y seguir con la tarea de dejarse llevar, pero finalmente giró la cabeza y vio en la orilla el cuerpo lánguido y pálido de Paula, que movía los brazos en señal de auxilio mientras gritaba su nombre. Un chico a quien no conocía gritaba con ella.

Debía subirse a la tabla y remar de vuelta. Probablemente una corriente lo había alejado de la isla. Hizo fuerza con los brazos y se sentó sobre la tabla; luego levantó la mano para que Paula y el chico se despreocuparan y dejaran de llamarlo.

Él estaba naufragando y era ella quien hacía la señal de auxilio. Se recostó en la tabla y, con la nariz sangrando, intentó remar en contra de la corriente hacia su esposa. Tenía que volver para encontrarse con el abrazo frío de Paula, en esa isla en la que se hallaban extranjeros. Fuera del mar lo esperaban su propia culpa, su ira, sus ganas de morir, su incapacidad para hacerlo, la terapia de pareja, los eufemismos para lo innombrable, su empeño por iluminar el pozo de brea en que se había convertido su interior, el esfuerzo por fingir que no había sido así, su miedo a los fantasmas de los niños que se van al cielo.

Habría deseado estar para siempre flotando a la deriva, pensó mientras caminaba hacia la orilla.

Todavía jadeando, Lucas le dio la mano al joven muchacho que estaba con Paula.

—Casi te vas, mi hermano. ¿Surfeas hace mucho?

Su esposa resopló entre los labios y Lucas supo que ella quería decirle al chico que no, que era su primera vez, que justo ahora a él le había dado por intentar algo nuevo, tonto, arriesgado y ridículo para su edad, solo para molestarla. Sin embargo, Paula se contuvo, así que eso se lo dijo él.

—No, no. Es mi primera vez —respondió Lucas, resig-nado a decir exactamente lo que Paula habría querido aclarar.

Pedro era un chico moreno y fornido. Debía tener veinticinco o veintiséis años. Una cabellera azabache le brotaba de la cabeza con voluntad y determinación. Tenía ojos miel y una piel suave. Llevaba varios tatuajes en los brazos y uno en el gemelo izquierdo. No tenía barba y de su torso lampiño salían dos largas piernas cubiertas por una pelusa sutil.

Lucas lo miró con tanta atención que se avergonzó y bajó los ojos. No tardó en darse cuenta de lo bello que era el chico y de lo mucho que lo envidiaba. Habría dado lo que fuera por volver a ser joven; por tener el metabolismo ágil y no esa panza que empezaba a molestarle. Habría hecho cualquier cosa por no padecer el dolor de la rodilla que anticipaba los

días de lluvia, la gastritis, la resaca, la depresión y la ansiedad. Habría pagado lo que no tenía por ser un muchacho de veinticinco años otra vez e incrustar una de esas erecciones que solo conseguía antes de los treinta en todos los agujeros de todas las jovencitas de tetas erguidas que encontrase, le habría encantado cogérselas y no amarlas, ni enamorarse, ni saber que el precio del amor es el dolor y que la muerte no se esquiva.

—¿Tú surfeas? —preguntó Lucas, para continuar la conversación.

—No, mi hermano. No surfeo hace tiempo. Surfeaba cuando era chiquito y después dejé.

—¿Cuando eras *más* chico?

Pedro sonrió con algo de vergüenza. Era todavía tan joven que ya se sentía más viejo.

—¿Eres de acá? —preguntó Lucas.

—No, no. ¡Imagínate! Soy de la capital, pero veníamos mucho con mi familia a una playa cerca, de donde era la mamá de mi papá. Ahora vinimos con mi esposa, Clarice, a la isla porque es nuestra luna de miel. En realidad no nos casamos en una iglesia, ni nada así, pero hace un mes murió el papá de ella y nos pareció que había que celebrar el amor.

El rostro perfecto de Pedro se fue poniendo más serio conforme se confesaba, de manera evidentemente involuntaria. Lucas se incomodó por la cantidad de información y apenas atinó a decirle “lo siento” y a mirar otra vez hacia la arena blanca sobre la que estaban sus pies. Paula leía a un par de metros de los hombres. No veía a la tal Clarice en ningún lado. Después de unos instantes de incomodidad, Pedro insistió con las preguntas:

—Tú y tu esposa están de turistas, ¿no? ¿Es tu esposa?

—Sí, es mi esposa. Pero estamos casados hace poco, un par de años —dijo bajando la voz. El matrimonio al que

Lucas se refería era, en realidad, la firma de la unión convencional: un trámite burocrático que habían concretado para que Paula pudiera gozar de su seguro médico. No se sentía del todo cómodo refiriéndose a ella de ese modo. Decir *mi esposa* o *mi mujer* para él era, todavía, un placer prohibido, como lastimarse los labios y no poder dejar de sacarse pedacitos de piel con los dientes hasta hacerlos sangrar—. Nos conocemos desde que somos adolescentes. Es una historia larga.

Pedro abrió más los ojos, esperando a que Lucas empezara a contar la historia, pero una vez más reinó el sonido del viento contra las palmeras. Lucas se sintió obligado a decir algo:

—Logramos encontrar un huequito en la agenda y aprovechamos para venir a la isla a descansar. —No sabía si mentía; en definitiva, el viaje pretendía ser un refugio de la muerte. Se preguntaba si de eso se podía descansar.

Pedro sonrió otra vez con delicadeza y amabilidad y a lo lejos se vio llegar a una chica alta, altísima, más alta que ambos, de color dorado, sonrisa amplia, pelo sucio de playa, un collar de crustáceos y un culo enorme y respingado. Le dio un beso apasionado a Pedro y saludó a Lucas con la mano. Tenía un acento confuso y hablaba un español chapoteado, aunque la buena voluntad por hacerse entender compensaba la extraña sintaxis.

Paula levantó los ojos del libro y se llevó la mano a la frente para cubrirse del sol y ver a la mujer que acababa de llegar. Dejó el libro al lado de la estera y, lentamente, levantó de la arena su cuerpo delgado, más delgado que siempre. Tenía la piel blanca, los ojos negros como un venado y el pelo casi azul atado sobre la cabeza. Se sumó a la charla abrazando por la cintura a Lucas, que la presentó por el nombre, y después agregó un “mi mujer”.